



## NOTA EDITORIAL

# ALEJANDRO PROSPERO REVEREND

(El médico del Libertador).

Por J. L. Lapeyre.

*Versión castellana de José A. Jácome V.*

Si el nombre de Alejandro Próspero Révérend, no ha sido olvidado en la América Latina, como probablemente sí lo está en Francia. lugar de su nacimiento, es porque el azar de su destino lo condujo a jugar un papel histórico con ocasión de la muerte de Simón Bolívar, Libertador del Continente Suramericano.

No hay libro de historia ni biografía, que no relate con gratitud los actos de consagración de este médico francés y no alaben la filantropía y la abnegación — nosotros diremos más simplemente, la conciencia y la probidad profesionales—con las cuales él cumplió la triste tarea que le impusieron las circunstancias.

Nacido en noviembre de 1796 en Falaise, Normandía, Révérend hizo sus primeros estudios en Caen. En 1814 vuelve a su familia, residente entonces en Amiens y entra al ejército, obligado por su padre, oficial de caballería. Después de los desastres militares que pusieron fin a los Cien Días, tuvo que ganarse el pan trabajando como tipógrafo y en los comienzos de 1820 lo encontramos por fin en París, donde emprende sus estudios médicos bajo la dirección de Dupuytren.

Enamorado de las ideas de libertad y atraído por las hazañas célebres de los patriotas de la Gran Colombia, se embarca en Mayo de 1824 en un bote inglés que hace la travesía de Havre a Santa Marta. Bien recibido por los habitantes de esta ciudad, decide establecerse allí y no tarda en solicitar el puesto—vacante entonces—de médico de la ciu-

dad. Ante tres jueces, dos de ellos venezolanos, aprueba con éxito sus exámenes y es nombrado Médico Cirujano del Hospital de Santa Marta y Médico sanitario de la Provincia por el General Montilla, Intendente del Departamento del Magdalena.

Algunos años más tarde—en 1830—fue nombrado Cirujano Jefe, con ocasión de la revolución de Río Hacha, lo que lo lleva a tratar numerosos enfermos y heridos. Al finalizar este año, tuvo la oportunidad de prestar a Colombia el más grande de los servicios, cuidando asiduamente al Libertador agonizante.

En esta circunstancia difícil, Révérend supo mostrarse a la altura de su misión: si no pudo salvar a Simón Bolívar, atacado y debilitado por una enfermedad fatal, sí lo rodeó de sus mejores atenciones y supo ganarse su estimación y su confianza. Los boletines de salud que redactaba día a día, el relato de su agonía y las condiciones dolorosas que acompañaron el embalsamamiento del cadáver, el arreglo mortuario y la autopsia, son un conjunto de documentos preciosos que hacen honor a Révérend.

Hé aquí las circunstancias de este trágico episodio, contadas por el médico francés hace más de un siglo.

El 1º de Diciembre de 1830, la bergantina "Manuel" llegó al puerto de Santa Marta. Ya las primeras sombras de la noche comenzaban a invadir la tierra, cuando desembarcaron los pasajeros. Entre ellos estaba un hombre pálido y fatigado, que no podía caminar y hubieron de transportarlo en una silla portátil. Era Bolívar, el Libertador, que después de haber sido rico y poderoso, llegaba a esta ribera del Mar Caribe, pobre, enfermo, proscrito y perseguido por aquellos mismos a quienes había dado una patria libre y gloriosa. Alojado en una casa puesta a su disposición por Don Manuel Ujueta, el general Montilla hizo llamar al médico del lugar, que no era otro que Révérend.

Este último notó inmediatamente la gravedad del estado de Bolívar, quien presentaba una voz ronca, una tos profunda y una expectoración viscosa y verduzca. Interrogado sobre la enfermedad del Libertador, no duda en hacer un pronóstico fatal, añadiendo que "a su manera de ver, se trata de una tuberculosis pulmonar llegada a su último período, que es el que no perdona". Varias veces llamó en consulta al cirujano de la goleta americana "Grampus" que acababa de anclar en el puerto. El Doctor Mac Night y él, se pusieron de acuerdo para hacer las primeras prescripciones.

Con el objeto de poner en las mejores condiciones higiénicas al enfermo, sus amigos deciden llevarlo al campo. El caballero español Don Joaquín de Mier, ofrece gentilmente su quinta de "San Pedro Alejandrino" y es transportado allí en una berlina, el 6 de Diciembre, no sin antes haber besado con galantería la mano de su huésped.

En esta morada campestre, donde el aire es más fresco, se siente mejor y pasa algunas buenas noches: se pasea por la casa, examina la biblioteca y hace esta reflexión plena de sutileza: "Tenéis aquí la historia de la humanidad. Hé aquí a Gil Blas, el hombre tal cual es y hé aquí a Don Quijote, el hombre tal como debiera ser". Entonces se dirige a un patio sombreado por tamarindos y exclama con tristeza: "Jesucristo, Don Quijote y yo, hemos sido los majaderos más grandes de este mundo".

En los días siguientes, sostiene con el doctor Révérend interesantes y largas conversaciones. Un día le pregunta:

—"Doctor, qué habéis venido a buscar a estas tierras?"

—"La Libertad".

—"Y la habéis encontrado?"

—"Sí, mi general".

—"Entonces sois más feliz que yo. Por tanto, creedme, volved a vuestra bella Francia, donde ondea el glorioso pabellón tricolor; aquí, en este país, no se puede vivir: hay demasiados canallas".

Y otra vez le preguntó:

—"Querriais volver a Francia?"

—"Sí. Con todo el corazón".

—"Entonces curadme y nos iremos juntos. Francia es un bello país, donde a más de la tranquilidad que mi espíritu necesita, encontraría todas las comodidades para descansar de esta vida de soldado que he llevado por tanto tiempo".

Révérend se ingenia para aliviar a su grande enfermo, con las medicaciones anodinas de la época: contra el dolor de costado prescribe las unturas, contra el insomnio las píldoras calmantes y para combatir la congestión cerebral que provoca la fiebre, ordena remedios refrigerantes para la cabeza, revulsivos para las extremidades inferiores y fricciones estimulantes lejos de las partes enfermas. Pero Bolívar rechaza tomar los medicamentos. Con paciencia y dulzura, Révérend se esfuerza en convencerlo de la necesidad de cuidarse para detener la marcha del mal; él se desengaña con esta respuesta: "Es tan inútil, como tratar de detener el sol". Una noche en que Révérend con todas las dificultades

del mundo le hizo pasar una cucharada de poción, fue con la condición de que sería la última, como consintió al fin en tomarla.

El 10 de diciembre estuvo tan mal, que sus amigos creyeron llegado el momento para llamar al sacerdote. El obispo de Santa Marta vino por la tarde y le administró el viático. Comprendiendo que su fin estaba cercano, dicta entonces su testamento y su última arenga, que es un bello trozo de elocuencia, impregnado de amargura y de amor patriótico.

El 12, la tos aumenta y por la noche, va de su cama a la hamaca sin poderse dormir. En los días siguientes los síntomas se agravan y el último boletín de Révérend, que lleva el número 33, está redactado en estos términos:

“Después de ocho horas, hasta la una de la tarde, cuando se extinguió S. E. el Libertador, todas las personas han notado los signos precursores de la muerte: respiración anhelante, pulso apenas sensible, facies hipocrático, supresión total de las orinas. A medio día comenzaron los estertores y cuando era la una exactamente, expiró, después de una agonía larga pero tranquila. San Pedro, 17 de diciembre de 1830”. Bolívar tenía 47 años.

Pasadas cuatro horas, el doctor Révérend procedió a la autopsia del cadáver, en presencia de los generales Mariano Montilla y Laurencio Silva. Los órganos abdominales no presentaban ninguna alteración, salvo el hígado que estaba grande.

Las meninges estaban un poco congestionadas. Solamente los pulmones se hallaban muy alterados; las pleuras adheridas a dos costillas; los dos tercios superiores de los pulmones estaban infiltrados de tubérculos; a la derecha había una gran caverna de pus, a la izquierda las lesiones estaban menos avanzadas y el histurí descubrió una concreción calcárea del grosor de una almendra—que se conserva como cosa preciosa en el museo Bolivariano de Caracas.

Los acontecimientos que siguieron, son narrados por Révérend de la manera siguiente: “Terminada la autopsia, el cuerpo fue transportado a la escalinata de la quinta de San Pedro y de allí a la casa que el general Bolívar había ocupado a su llegada a Santa Marta. Faltaba entonces embalsamarlo. Desgraciadamente, el único farmacéuta de la ciudad estaba enfermo. Muy pocas, si no ningunas, fueron las preparaciones que se encontraron para el caso. La tarea fue difícil, sobre todo que yo no disponía sino de poco tiempo y el trabajo se hacía de noche. Ya

empezaba a clarear el día cuando todo hubo terminado. Cuando me iba a retirar para descansar de las fatigas y desvelos, Manuel Ujueta—entonces jefe político—me hizo saber que nadie en la casa era capaz de vestir el cadáver. A fuerza de insistir tuve que aceptar esta última y triste tarea. Entre las diferentes piezas de ropa que me dieron, la camisa que le iba a poner estaba desgarrada. No pude contener mi decepción, arrojé la camisa y grité:—Bolívar muerto no puede tener ropas desgarradas; si no hay otra camisa, voy a buscar una de las mías!—Habiendo oído estas palabras, el general Silva hizo tomar una de su guardarropa”.

Este episodio lamentable muestra a qué punto había llegado la desnudez del general, como también lo indica el inventario de sus bienes, hecho el 22 de diciembre por el Auditor de Guerra y de Marina, doctor Manuel Pérez Recuero, en presencia del general Silva, de Fernando Bolívar y del tesorero de la Junta de Manumisión, José Antonio Catano. Los objetos inventariados fueron los siguientes: Una vieja vajilla común guardada en dos cajas, cubiertos de plata, cuatro baúles con vestidos usados, una silla de montar, un par de pistolas y diversos documentos concernientes a depósitos hechos por el Libertador a personas de confianza. Había una cierta cantidad de oro en onzas de acuñadura colombiana, el retrato de Washington, una cajita de oro del Rey de Inglaterra, la medalla de oro de Washington, otra caja de oro que contenía un relicario y las condecoraciones Estrella de Venezuela, Medalla de Boyacá y del Sur, el Sol del Perú, la Gran Medalla de Bolivia y la Estrella de la ciudad de Sucre; diez maletas o baúles contenían papeles privados que debían ser depositados en París en manos seguras; otras maletas contenían medallas, cubiertas de oro y libros. Un fusil, una espada incrustada con tres diamantes y finalmente una máquina de afeitar de metal dorado.

Después de los obsequios de Bolívar, el gobierno hizo preguntar al doctor Révérend cuáles eran sus honorarios por los servicios prestados. Su respuesta fue: “—Mi única recompensa será el haber sido el médico de un tan grande hombre—”.

Sin embargo, algún tiempo después fue nombrado por el general Rafael Urdaneta, cirujano jefe del ejército ad honorem. De 1838 a 1845 fue cónsul francés en Santa Marta. Mucho más tarde, el general Falcon decretó que una medalla sería acuñada a expensas del Tesoro Nacional en honor de Révérend: sobre el anverso figura la efigie del Libertador

con las fechas de su nacimiento y de su muerte; sobre el reverso, el busto del General Falcon con estas palabras: Congreso de 1867. Venezuela reconocida a Próspero Révérend.

En fin, de 78 años de edad, en 1874, Révérend recibió del gobierno venezolano una ayuda pecuniaria bajo la forma de una pensión a título de Cirujano Jefe del Ejército. Al mismo tiempo era condecorado—honor tardío!—con el busto del Libertador.

Es sin duda en Santa Marta donde reposa Próspero Révérend, médico francés emigrado a Colombia, que tuvo el honor de asistir a Simón Bolívar en sus últimos días. La gloria del Libertador se ha reflejado sobre este modesto médico, cuyo nombre nadie ignora, símbolo de la abnegación y del deber, en la América Bolivariana, compuesta de cinco grandes repúblicas hermanas: Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia.

(De *La Presse Medicale*, número 27 de 1937).

